

die es dado dejar de cumplirse. No parece sino que hay una necesidad irresistible que conduce al escámen de las cuestiones sociales. Cuando se leen los autores de otra época, se observa que son hombres cuyo entendimiento piensa, pero cuyo corazón está tranquilo. Son como los astrónomos, que contemplan las revoluciones de los astros desde un observatorio quieto y silencioso. Pero los escritores de nuestro siglo se asemejan al observador que contempla el universo desde la frágil tabla encomendada al capricho de las olas: fija alternativamente su vista sobre los astros que le ocupan; pero dando con frecuencia una mirada inquieta al movedido elemento que bate los costados de la nave, y al punto del horizonte donde teme descubrir señales de borrasca.

No creo que pueda descubrirse otro carácter mas pronunciado en la literatura actual: este se encuentra en los escritores de todas opiniones. ¿De dónde nace? Si yo hubiese de señalar su origen, diría que proviene, no del *espíritu del siglo*, sino de *la situación del siglo*.

Paris, 20 de Junio de 1842.



DE LA INGLATERRA.

Siguiendo la línea de conducta observada hasta aquí, de decir de vez en cuando cuatro palabras sobre lo que mas llame mi atención, con tal que esté en analogía con el objeto de nuestra *Revista* (1), voy á hacer algunas indicaciones, fruto de mi corto viaje á Inglaterra. Poco diré sobre la viva impresión que causa la vista del asombroso desarrollo material de aquel pueblo. Parece, en efecto, que le ha sido dado un especial dominio sobre los elementos, y que posee en el mas alto grado el secreto de aplicar la materia á todos los usos de la vida. La vista del Támesis, cubierto de infinitas velas, y surcado sin cesar por un sinnúmero de barcos de vapor, ofrece á la vista un cuadro el mas grandioso que imaginarse pueda; así como los *Docks* de Santa Catarina, los de Londres y los de la India, junto con el colosal trabajo del *Tunnel*, atestiguan al viajero el extraordinario poderío de la reina de los mares. Al atravesar el *Tunnel*, al adelantarse por aquel inmenso corredor iluminado de gas, teniendo á la derecha el otro corredor todavía incompleto, oscuro, donde resuenan sin cesar las goteras del agua que se filtra en abundancia; al escuchar el ruido de las máquinas, que colocadas á la entrada de la honda escalera por donde uno ha descendido, estraen de continuo el agua que se ha filtrado; al observar la construcción irregular de los arcos, cuya posición misma parece presentar de bul-

(1) Alude el Sr. Balmes á la *Revista filosófica, política y literaria*, que publica en el año de 1842 en Barcelona, asociado con el distinguido literato el Sr. Roca y Cornet, y el malogrado jóven el Sr. Ferrer y Subirana. (Nota del editor.)

to el esfuerzo con que han de resistir los empujes de la caudalosa corriente; al notar la humedad del suelo, de las paredes y del techo del corredor iluminado; al aspecto de aquella luz vacilante y débil en un lugar condenado, al parecer, á perpetuas tinieblas, siéntese en el ánimo una impresion tan profunda, que difícilmente podría escitarse con ningun monumento levantado á la claridad del dia; siéntese entonces con viveza lo que puede el genio del hombre, ayudado del arte y de la constancia.

A la primera ojeada que se echa sobre Lóndres, sobre todo viniendo de París, se ve la enorme diferencia que media entre esos dos pueblos: en nada se parecen. París, risueño, brillante, embriagado de placeres, ostenta sin reserva su esplendor y sus riquezas, y pone todo su conato en hablar á los ojos, en hechizar la fantasia: Lóndres, sombrío y melancólico, como que respira algo del genio de Young y de Byron; diríase que aquel pueblo, orgulloso con la conviccion de sus adelantos y el sentimiento de sus fuerzas, se desdeña de apelar demasiado á los medios de puro aparato. A esta diferencia, creo que á mas del genio y de la posicion de ambos pueblos, contribuirá no poco el espíritu democrático del uno, y el aristocrático del otro: siendo digno de recordarse á este propósito, que un periódico inglés, denostando no ha mucho al pueblo de París, le llamaba *pueblo de tenderos*.

No se crea, sin embargo, que los ingleses descuiden la hermosura de los edificios, ni la limpieza y buena policía en las calles; muy al contrario, en esta parte Lóndres es superior á París; y por cierto que ha bien cambiado bajo este aspecto la capital de Inglaterra, desde el primer tercio del siglo pasado cuando Montesquieu decia: "Nada hay mas repugnante que las calles de Lóndres: son muy sucias, mal empedradas, de suerte que es casi imposible ir por ellas "en coche," pues que ahora los que andan á pié hallan una acera muy buena y espaciosa, y los coches tienen en casi todas, una carretera muy ancha y bien empedrada. Las casas de Lóndres son bajas y de una forma muy regular y uniforme, de suerte que son bellas á los ojos de quien se contente de la regularidad. Pero esta uniformidad, esta misma regularidad, acompañadas ademas de ese color oscuro de todas las paredes, no son muy del gusto de los hombres del mediodia, acostumbrados á la vista de casas elevadas, con sus fachadas enlucidas, ó al menos de un color de piedra claro, que refleja muy bien la luz. Lo interior de las casas es generalmente muy reducido, siendo esto un resultado necesario del rigor del clima. Pero sin embargo de que los aposentos son pocos y pequeños, están distribuidos y arreglados de manera, que se encuentran en

ellos todas las comodidades; y bien se conoce que los ingleses saben lo que se llama sacar partido de la vida. Por lo demas, esto les es en cierto modo necesario, viviendo como viven mucho en casa; una familia puesta en aislamiento, natural es que se ocupe en imaginar los medios de disminuir el fastidio y procurarse bienestar. Este aislamiento en que vive el inglés, se representa en el mismo exterior de los edificios; son infinitas las casas resguardadas por verjas de hierro; y donde no hay tiendas, las puertas están siempre cerradas. De manera, que para nosotros, acostumbrados á otro clima y á otras costumbres, no deja de ser curioso el ver aquellas calles inmensas, rectas, y cuya estremidad apenas se divisa, guarnecidas de una hilera de vallados de hierro, y con las puertas cerradas, como si fuera media noche. La pasion por los jardines es estremada; vense calles enteras con uno en cada casa; y no por la parte de detras de los edificios, sino por la de delante; de manera, que si el cielo fuese un poco mas hermoso, fuera muy agradable el pasearse por entre aquellas hileras de jardines. Muchas plazas no son otra cosa que un gran jardin, como se supone, rodeado tambien de hierro; porque en aquel pais cuya libertad é igualdad tanto se nos ha ponderado, tropieza uno por todas partes con el símbolo de la esclavitud y de la desigualdad. Al ver el sumo gusto de los ingleses por los jardines, y el esmero con que los cultivan, no parece sino que se empeñan en mimar la naturaleza, que se les muestra ceñuda y rigurosa; los habitantes del mediodia no ponemos en esto tanto cuidado, porque la naturaleza nos da por sí misma las flores y los frutos.

Dejando la parte material, paso á la religiosa, que fué la que principalmente llamó mi atencion. Todas las noticias están contestes en que el Catolicismo progresa en Inglaterra de un modo extraordinario; cada cual señala las causas de éste, segun la diferencia de opiniones y de creencias; pero en cuanto al hecho, todos convienen. De suerte, que lo que hemos leído en los periódicos sobre este particular, no debe tenerse por escageraciones, hijas del espíritu de partido; es la realidad de los hechos, que arranca á los católicos movimientos de alegría y de aplauso, así como inspira á los protestantes un despecho que les hace levantar el grito de alarma.

En la actualidad lo que hay mas débil en Inglaterra por lo tocante á religion, es la Iglesia anglicana, ó Iglesia establecida. Verdad es que dispone de inmensas riquezas, que está ligada con la aristocracia, que forma una de las partes del edificio político, y que por consiguiente, tiene en su favor todo lo que de sí pueden las instituciones ecisistentes; pero en cambio, ha perdido la fuerza mo-

ral, el ascendiente sobre el ánimo del pueblo, y sin ganar un paso de terreno en ningún sentido, lo va perdiendo cada día, atacada de un lado por el Catolicismo, y de otro por el Metodismo, Cuakerismo, y otras cien sectas que pululan en aquel país. El carácter dominante de estas últimas, es una especie de radicalismo religioso; no hacen mas que sacar las consecuencias del principio asentado por la misma Iglesia anglicana. Toda vez que ésta se creyó con derecho de apartarse de Roma, ellos se han creído con derecho igual para separarse de Cantorbery, y con la Biblia en la mano, se considera facultado el último de sus individuos para decidir el dogma religioso, tan bien como puedan hacerlo los obispos de la Iglesia anglicana.

Pero no se crea que el mal de ésta tenga todo su origen en los ataques que le dan sus adversarios; ella lo lleva en su propio seno, está herida de muerte, porque carece de fé.

En medio de las muchas sectas que hornigean, por decirlo así, en aquel país, no puede negarse que hay todavía el *sentimiento religioso*; el pueblo siente la necesidad de una religion, y no sabe encontrarla en una Iglesia, que ni tiene fé en sus propias doctrinas, ni es bastante á producir nada que la muestre dotada de un elemento de vida. Por esta causa, ó se inclina al Catolicismo, ó devora sediento la Biblia para encontrar allí lo que su corazón necesita. De esto resulta la abundancia de disidentes.

Para formarse idea de la fuerza de estos sentimientos religiosos, que estraviados en diferentes sentidos, indican, sin embargo, al observador un gérmen que algun dia la Providencia quizás desenvolverá, basta recordar la singular escena que se está presenciando los domingos. Sabido es cuán rigurosamente se guarda en Inglaterra la observancia de la fiesta; cosa que deja sorprendido á quien ha visto la licencia que sobre este punto hay en Paris, y desgraciadamente en otras partes que no son Paris. Pero no es esto lo que en la actualidad me propongo describir, sino una particularidad muy notable que yo ví con mis ojos. En los lugares mas concurridos se presentan al público algunos individuos que empiezan á conferenciar sobre materias de religion, ó á predicar sobre algun punto de la Biblia; va agrupándose la gente, y he aquí que se forma á veces un auditorio considerable. En los dias de mi permanencia en Lóndres, en solo el parque del Regente, se contaban un domingo diez predicadores, que colocados debajo los árboles, iban llamando con su declamacion la atencion de la multitud. Otro domingo ví tambien varios de éstos en el mismo lugar, entre ellos una muger, que por su trage me pareció cuákera, que estaba conferen-

ciando muy pausadamente con varios hombres y mugeres, que le iban dirigiendo preguntas ó proponiendo dificultades. El mismo dia ví un predicador, segun creo metodista, que me llamó bastante la atencion. Se habia colocado debajo un árbol muy copudo, y vuelto de cara al sol, que estaba por ponerse. Su figura era grave, su voz fuerte y clara, su ademan bastante natural y espresivo, y con la Biblia en la mano iba esponiendo varios puntos religiosos. Parecióme que no carecia de disposiciones para ser un buen orador, á lo que puede juzgarse por la primera ojeada.

Al presenciar semejantes estravagancias, reflexionaba yo que debe de ser bastante vivo el sentimiento religioso en un pueblo donde se presencian estas escenas, sin que los oyentes interrumpan el orador á silbidos y risotadas. Esto me hacia sentir mas vivamente el desbarro del protestantismo en poner la Biblia en manos de todos, concediendo el derecho de interpretarla conforme al capricho de cada uno. Habia visto al predicador de la Iglesia anglicana en el púlpito de su templo, conservando todavía algun remedo de la predicacion católica; y al ver entonces al predicador disidente, en un paseo público, con su frac, sin nada que lo distinguiese de sus oyentes, no veia mas que una consecuencia inevitable del principio asentado por los protestantes, que condenan al disidente. Pero al par de esta reflexion, ocurre tambien otra, cual es, que aquel pueblo, si bien ha perdido la fé, conserva todavía el sentimiento religioso; sentimiento vago, estéril, impotente, mientras no esté animado por el verdadero principio de vida; pero que no dejará de ofrecer una disposicion favorable á la accion del Catolicismo en el inmenso porvenir, que segun parece, se ha propuesto abrirle la Providencia, en medio de una nacion que tres siglos ha está sentada en las tinieblas y en las sombras de la muerte.

Son muchas las capillas que tienen ya los católicos; pero como todo lo han de hacer con sus propios recursos, ya se deja entender que sus pequeños templos distan mucho todavía de poder compararse á los muchos y soberbios de la Iglesia anglicana. Sin embargo, la magnificencia y esplendor del culto católico, son de suyo tan grandes, que aun allí mismo se hacen notables cuando se los compara con la sequedad y frialdad del culto protestante. Allí es donde se siente vivamente la hermosura del dogma católico sobre el culto de las imágenes; los ojos buscan en vano en los templos protestantes objeto donde fijarse para encontrar alguna de esas espresiones sublimes del arte con que en los nuestros se nos presentan los pasos de nuestra religion, ó se nos hacen sensibles las mas altas verdades. ¿Qué motivo razonable puede señalarse á la obra impia

de arrojar de los templos esas imágenes, esos cuadros, donde se desplegaba el genio del artista y donde se consolaba el corazón del cristiano? Digna obra de la malhadada reforma, el arrebatar á la fantasía sus encantos y al corazón sus consuelos, despues de haber oscurecido el entendimiento con las tinieblas del error.

Los protestantes nos han calumniado de idiotas por el culto que tributamos á las imágenes y á los santos; cuando hasta los niños católicos saben que el culto se dirige principalmente á Dios; que cuando honramos á los santos, intentamos principalmente honrar á Dios en ellos, y que cuando imploramos el socorro de éstos, es considerándolos como meros intercesores, sin que ni remotamente pensemos en atribuirles nada de lo que es propio de la divinidad. Por lo que toca al culto de las sagradas imágenes, tampoco han podido concebir una cosa tan sencilla, que si bien se mira, no es mas que una aplicacion en el órden religioso de lo mismo que se ha practicado en todos los pueblos de la tierra. ¿Cuál es el pueblo que no ha levantado estátuas y monumentos á los hombres mas ilustres? ¿quién no procura tener retratos y otros recuerdos de las personas á quienes ama ó venera? ¿por qué, pues, no podrán los cristianos tener retratos y estátuas de los héroes de la religion, por qué no podrán conservar con acatamiento sus reliquias, por qué no podrán venerar esas imágenes, esas estátuas, esas reliquias, adorando en ellas los prodigios de la gracia, y tributándoles un culto cuyo final objeto es el mismo Dios, autor de todo bien, y á quien es debida la gloria que han alcanzado sus santos? Es tanto mas chocante esa afectada severidad del culto protestante cuando se ven en sus iglesias una nueva clase de santos. El templo de S. Pablo, porejemplo, así como la abadía de Wesminster, están llenos de monumentos erigidos á los hombres mas ilustres de la Gran Bretaña. Generales, políticos, escritores, artistas; en una palabra, todo lo que se ha levantado sobre la esfera comun encuentra allí su apoteosis. ¿Y es posible que no puedan tener cabida en el mismo templo monumentos erigidos á la gloria de Dios y en honor de aquellos que por sus altas virtudes se distinguieron aquí en la tierra, y cuyo premio están gozando ahora en el cielo? ¿Cómo no han advertido que siguiendo esta conducta niegan á los héroes de la religion lo que conceden á Shakespeare, á Newton, á Nelson y á Pitt?

Tan pronto como el Catolicismo haya podido desplegar su culto con algunos mas recursos de los que ha tenido hasta aquí, será visible el contraste que éste ofrecerá comparado con el protestante, y de esto sin duda que la Providencia sabrá sacar abundantes frutos de bendiccion. A mas de las varias iglesias que tienen ya en

Lóndres los católicos, están construyendo una que será la principal: como se estaba trabajando en ella, no pude verla por la parte de dentro; sin embargo, en lo que presenta por defuera, parecióme que empezaba á tener pretensiones de una verdadera catedral.

Ahora que he pronunciado la palabra catedral, explicaré lo que lleva naturalmente á la memoria el nombre de *obispo*: quiero decir dos palabras sobre el escándalo que causaba á Villanueva el ver que en Inglaterra algunos obispos tenían el título de *vicarios apostólicos*. En su Vida literaria, publicada en Lóndres, se queja amargamente de esta denominacion, manifestando sus temores de que con esto no resultasen cercenados los derechos de los obispos, y entendidas en demasía las facultades del Sumo Pontífice. Pero si no le cegara su rencor contra todo lo que de un modo ú otro concierne á Roma, bien pudiera haber comprendido ese escritor, que cabalmente en esa denominacion se ve la profunda prudencia de la Santa Sede, y que esto no habrá sido estéril para la conservacion de la fé y de la disciplina entre los católicos de aquel pais, así como para su progreso en adelante. Sabido es cuántos eran los peligros que amenazaban en Inglaterra hasta nuestros dias, á los restos de la fé católica que habian podido conservarse en Inglaterra. Ataques repetidos de parte de los protestantes, que dueños de todos los recursos, podian intentarlos con muchas ventajas, persecuciones de parte del gobierno, privacion de empleos y honores, imposibilidad de instruirse en su propio pais, á no ser que abjurasen la fé de sus padres, escasez de medios para sufragar á la subsistencia de sus ministros y necesidades del culto; en una palabra, todo se habia conjurado en Inglaterra para que acabase de desaparecer enteramente esa preciosa semilla que tan pingües frutos habia de producir con el tiempo, y de lo que afortunadamente somos nosotros testigos. En situacion tan apurada y peligrosa, ¿qué es lo que necesitaba la afligida Iglesia de Inglaterra? Claro es que lo que principalmente le convenia, era tener desplegado en toda su fuerza el principio vital que solo podia conservarla y defenderla contra los embates de tantos enemigos. Este principio era la *unidad en la fé*; y el mejor medio de conservar esta unidad, era mantenerse de un modo muy particular bajo la potestad del Pontífice romano. La Iglesia católica de Inglaterra, era una verdadera mision: no estaba en el órden regular de otras iglesias particulares de Europa; si pues en las misiones nadie estraña que se llamen á veces los obispos vicarios apostólicos, ¿por qué estrañarlos con respecto á Inglaterra?

No podia esperarse que se hiciese cargo de semejantes consideraciones el ánimo preocupado de Villanueva, ó mejor diremos, no era posible que él se resignase á sufrir una disposicion que tanto cho-

caba con su espíritu de resistencia á la autoridad del Papa. Y añadiré de paso, que esa *Vida literaria*, que sin duda publicó Villanueva para asegurar su nombradía literaria, me pareció poco á propósito para semejante objeto. El desempeño es menos que mediano, pues el autor no ha hecho mas que un indiscreto hacinamiento de cien cosas diferentes, que en último resultado vienen todas á reducirse á dos: invectivas contra Roma y alabanzas de los talentos, del saber y de las virtudes del autor. Por de pronto ya es cosa algo chocante ver á un escritor que tanta humildad afecta, publicar dos volúmenes en S.º mayor, para contar y encarecer sus méritos; pero cuando se va leyendo la obra y se encuentra que él tuvo el *piadoso y humildísimo* fin de hacernos saber que desde sus primeros años descolló de un modo sobresaliente en sus estudios; que entrado en la sociedad trabó y conservó relaciones con los españoles mas distinguidos de la época; que fué profundo teólogo y canonista; erudito muy crítico, anticuario laborioso, poeta distinguido, hasta el punto de que el estro no se le había apagado ni con los infirmitarios ni con las canas: cuando uno ve que el autor quiere hacernos saber sus virtudes evangélicas, su mansedumbre, su desprendimiento católico, hasta el extremo de contarnos que se llegó á llamarlo *Padre de pobres*, se acaba la paciencia, cierra uno buenamente el libro, y dice al bendito autor que ya murió: *sit tibi terra levis*.

Pero volvamos al punto principal. Las ceremonias en la Iglesia católica de Inglaterra, son en extremo graves y mesuradas. Se conoce que es una Iglesia que tiene todavía muy reciente la memoria de la persecucion, y que camina con circunspeccion y tino, con el doble objeto de edificar á los fieles, y de no prestar á sus adversarios el menor motivo para calumniarla. Sin embargo, hay una costumbre que no se mirara bien en España, y que hasta sería entre nosotros una especie de escándalo; las mugeres cantan hasta en el coro: yo asistí á una funcion donde los cantores eran dos mugeres y un hombre. Pero estas son diferencias de costumbres, que disonarian mucho en un pais, y que en otro se encuentran muy naturales, y no causan la menor estrañeza. Por cierto que yo prefiero en este punto la costumbre contraria; pero no me atravesaré á condenar lo que he visto en Inglaterra.

Por lo tocante á la parte intelectual, es tambien mucho el ascendiente que van tomando los católicos; sus publicaciones son numerosas, y no es pequeña la brecha que se abre con este medio á la Iglesia anglicana. Esta se encuentra, ademas, vivamente combatida por individuos de su mismo seno, cuales son los puseistas; de suerte que puede decirse que va levantándose contra ella una discusion tan bien sostenida, á que difícilmente podrá resistir. Los

puseistas han dado mucho que entender á los protestantes; pues que no habiendo entrado todavía en el seno de la Iglesia, ni aun despues de haber avanzado tantas proposiciones favorables al Catolicismo, se ha podido ver que escribian bajo la esclusiva influencia de la verdad de los hechos, sin que pueda sospecharse que los católicos han tenido en ello la menor parte. Ya se tiene generalmente noticia de lo mucho que pueden servir á la causa de la verdad, las confesiones hechas por los profesores de Oxford; pero sería muy conveniente que se escogiesen y entresacasen los pasages mas á propósito, y que se publicasen por separado. Esto, al propio tiempo que daría una idea mas completa del puseismo, serviría tambien para dar á conocer las diferencias que de nosotros los distinguen, y á señalar las causas que retardan una conversion, que segun las apariencias, parece que al fin habrá de llegar. Acabo de ver indicada la idea de esta publicacion, en un periódico católico que se publica en Londres, titulado *The True Tablet*, en su número del 30 de Julio próximo pasado, donde se refiere que en la última sesion del *Instituto Católico*, el R. Mr. O'Neal hizo una mocion para dicho objeto, en atencion, dijo, á que en los escritos publicados por los profesores de Oxford, se hallan muy poderosos y convincentes argumentos en favor de las mas importantes doctrinas de la Iglesia católica.

Otra causa contribuirá tambien al progreso del Catolicismo en Inglaterra, á saber, las comunidades religiosas, así de hombres como de mugeres. No he tenido tiempo para visitar un convento de benedictinos que está á 60 millas de Londres, y que segun me han informado, se halla en un estado muy brillante. Tienen una casa de educacion muy bien montada; y ademas, se han ocupado mucho de perfeccionar la agricultura; de modo, que en sus posesiones la han llevado al mas alto punto. Los jesuitas existen tambien en Inglaterra, y á lo que parece, no es escasa su influencia. Los conventos de mugeres son tambien bastante numerosos: en general se proponen algun objeto de beneficencia. En Hammersmith, pueblocito que está á las inmediaciones de Londres, hay un convento que se ocupa en recoger mugeres arrepentidas: estiendo su caridad á las católicas y á las protestantes, y de varias entre esas, ha conseguido que se convirtiesen á la religion católica. En solo el pueblocito que acabo de nombrar, se cuentan cuatro mil católicos.

El antiguo rencor contra el Catolicismo, ha disminuido en gran manera entre los protestantes. Las inauditas calumnias de que habian sido objeto los católicos, se han ido disipando con el tiempo, y el nombre de papista no es mirado con el horror que años antes. Esta mejora del espíritu público, data ya de algunos años; sirva de prueba el hecho siguiente. En la base de la magnífica columna le-

vantada en memoria del horroroso incendio que en 1666 destruyó una parte de Lóndres, habia una inscripcion, en la que se atribuia este incendio á los católicos. Ya se deja entender cuánto debia de contribuir un recuerdo semejante para inspirar á los habitantes de Lóndres un ódio profundo contra los que se suponian culpables de tan horrible atentado. Conocíanlo así los interesados en sostener ese ódio por medio de la calumnia, y así es que habiendo sido borrada dicha inscripcion por Jacobo II, fué luego restablecida por Guillermo III. Pasaban los años, y los católicos tenian que sufrir una calumnia tan atroz; pero al fin la verdad ha llegado á triunfar, la odiosa inscripcion no existe ya. La autoridad, avergonzada de semejante impostura, la hizo borrar en 1830.

No es dado al hombre penetrar en los secretos del porvenir; pero en verdad que si como algunos han creido, no estuviera lejos el tiempo en que la Inglaterra ha de volver al seno de la Iglesia católica, este acontecimiento marcaria una de las épocas mas extraordinarias de la historia de la Iglesia, no solo por lo que fuera en sí mismo, sino por sus incalculables consecuencias en las mas remotas regiones del globo. El protestantismo en Inglaterra, ha dejado muy mal parada la religion en todo lo tocante á dogmas; y á él se debe esa anarquía á que se la ve sujeta en la actualidad en toda la estension de la Gran Bretaña, excepto entre aquellos que se han conservado adictos al Catolicismo, ó que abriendo los ojos á la verdad, han vuelto á entrar en su seno, abjurando los errores de secta que se les habian comunicado con la educacion. Sin embargo, propiamente hablando, no puede decirse que el pueblo inglés haya estado sujeto directa é inmediatamente á la accion de la incredulidad. La Inglaterra no ha tenido el siglo de Voltaire; y así es que su situacion religiosa es mas bien una anarquía de creencias, resultado natural de la muchedumbre de sus sectas, que no una absoluta falta de ideas religiosas. Así es que, como he indicado mas arriba, se observa que el sentimiento religioso es todavia bastante vivo; y tal hombre se encontrará, que no sabrá á qué atenerse en punto á creencia, y que sin embargo, no está en aquella disposicion de ánimo que llamamos impiedad. Y este es uno de los rasgos característicos que distinguen la Inglaterra de la Francia. En Francia, apenas hay medio entre el Catolicismo y la incredulidad. Esta disposicion de los ánimos en Inglaterra, serviria admirablemente el dia en que se verificase su conversion al Catolicismo. Sin ningun nuevo esfuerzo se hallaria en una posicion excelente para una reorganizacion en su interior, y para apagar la propagacion del Evangelio; obra que entonces podria realizarse en una escala inmensa.

Para formarse ideas de esto, no basta considerar el inmenso po-

derio de la Gran Bretaña, sino que es necesario atender á los elementos que entraña esa sociedad para producir los efectos mas colosales, el día que esos elementos amados bajo un principio pudiesen obrar con regularidad y concierto. Son innumerables las sociedades que hay en sola la ciudad de Lóndres, con objetos de religion ó de beneficencia. A mas de la famosa sociedad Bíblica y otras que tienen objetos análogos, hay sociedades para la propagacion del Evangelio en los paises estrangeros, para la conversion de los esclavos negros, para la conversion de los judíos, para distribuir libros religiosos á los pobres, para la instruccion de los adultos, para la supresion del vicio, para la abolicion de la esclavitud; y otras varias que pudiera enumerar si fuera necesario. Gástanse en estos objetos sumas inmensas; de suerte, que si los resultados correspondiesen á los esfuerzos, seria incalculable el bien que de ellos resultaria. Desgraciadamente la reconocida esterilidad que distingue las sectas separadas de la Iglesia católica, no permite que el fruto de semejantes asociaciones sea muy beneficioso á la humanidad; y cuando de esto no tuviéramos otras pruebas, las encontraríamos en el caso provecho de las misiones protestantes. Todo el oro de que ellas disponen, no alcanza á la fuerza maravillosa de las palabras de uno de nuestros misioneros, que sin mas armas que su cayado, ni mas recursos que su caridad, anuncia á los pueblos bárbaros el nombre de Jesucristo. Nuestros misioneros no se presentan en medio de sus neófitos con el aparato de la fuerza, con la ostentacion de la riqueza, ni rodeados de comodidades como los protestantes; pero en cambio, llevan consigo la dulzura, el desinterés y el celo que los devora por la conversion de las almas. No miran la mision como un destino para vivir, sino como un deber sagrado que llenar; los pueblos á quienes se dirigen, no son una mina para explotar, sino un campo estéril que se ha de cultivar y fecundar; los infelices que viven en las tinieblas de la idolatría, no son hombres sobre quienes se haya de ejercer una dominacion soberbia, sino almas rescatadas con la sangre del Cordero sin mancha, á quienes es menester hacer llegar algunas gotas de esa preciosa sangre. Todo el mundo sabe, por medio de las relaciones que de ello hacen con frecuencia los papeles públicos, cuán enorme es la diferencia que media entre las misiones protestantes y las católicas. Por mi parte, he tenido el gusto de oír esta verdad de boca de un testigo de vista, que ha recorrido una gran parte de América, y que por su posicion ha tenido la oportunidad de observarlo de cerca. En una memoria muy interesante que tiene escrita sobre aquellos paises, y de la que tuvo la bondad de leerme algunos fragmentos, observé notada esta diferencia, que varias veces el autor me habia asegurado de palabra;

siendo de advertir, que así como en los misioneros protestantes había encontrado demasiada dureza, así en los católicos hallaba una blandura que, á su juicio, era escusiva. De suerte que, en su concepto, los padres de cierta mision llevaban sobrado lejos su solicitud caritativa en favor de sus neófitos, y se desvelaban con exceso en socorrer todas las necesidades; no dejando á la actividad individual bastante estímulo para su completo desarrollo. Ya se deja ver que semejantes inculpaciones son bien honrosas: dichoso aquel á quien no puede achucarse otra falta, que un excesivo desvelo por el bien de sus semejantes. Quizás algún día podré vencer la modestia del viagero de quien acabo de hablar, para que me permita consignar algunos trozos de la memoria que acaba de espesarse. Sus palabras en esta materia, son en cierto modo de mas peso, porque siendo, como es, un secular, no podrá tacharse de parcialidad.

Quiera Dios que no esté lejos el tiempo en que todos estos elementos que existen en la Gran Bretaña, en la actualidad estériles en buena parte, y aun á veces dañosos para el humano linaje, puedan reunirse bajo la vivificante accion del Catolicismo y producir frutos de salud en los cuatro ángulos de la tierra.

Se me preguntará quizás qué es lo que pienso de la probabilidad de semejante acontecimiento; si lo cuento todavía en el orden de aquellas cosas que mas sirven para halagar los buenos deseos, que para hacer concebir esperanzas serias y fundadas. No me aventuraré á conjetras vagas que fácilmente pueden hacerse sobre todas materias, y que luego el curso de los acontecimientos viene á manifestarlos como sueños y delicias. Pero menester es confesar que la Providencia debe de abrigar altos designios sobre la suerte de la religion católica en Europa, dado que estamos presenciando cosas que años atrás nos hubieran parecido imposibles. ¿Quién dijera que despues del acontecimiento de la primera revolucion de Francia, acontecimiento hijo principalmente de una escuela cuya enseña era la irreligion, había de datar el mas notable progreso del Catolicismo en Inglaterra, habiendo influido mas ó menos aquella revolucion en todos los paises del orbe civilizado, y de un modo muy particular en Inglaterra? ¿cómo es que en ésta cabalmente se haya pronunciado un movimiento directamente opuesto al que segun todas las apariencias debía esperarse? En la misma Francia, ¿cómo es que desde la revolucion de 1830, cuando las ideas religiosas debian al parecer quedar arruinadas con la caída del principio político que en los juicios humanos le servia de tan poderoso apoyo, cómo es, repetiremos, que la religion, lejos de parecer, haya vuelto á recobrar un nuevo ascendiente entre las diferentes clases de la sociedad? Neca-

sario es confesar que en esto, como en todo, son incomprendibles los caminos de Dios; siendo de notar que el Eterno se ha complacido en llevar adelante su obra por medios diferentes de los que los hombres se habian imaginado. ¿Cuántos desengaños no han venido á disipar los pensamientos que en 1815 se habian basado sobre combinaciones políticas! Lo que se habia llamado la *Santa Alianza*, habia sido mirado por algunos como el paladion de todo lo bueno que habia en Europa: pues mirad; de los cuatro poderosos monarcas que la formaban en el continente, el uno ha desaparecido del trono, hundiéndose con toda su descendencia en el sacudimiento de una revolucion, y otros dos oprimieron tiránicamente á los católicos de sus dominios, causando á la Iglesia gravísimos males, contra los que ha tenido que levantar repetidas veces la voz el vicario de Jesucristo. Pues á pesar de todo esto, la religion continúa triunfando, siendo su triunfo tanto mas brillante, cuanto se ve con toda evidencia que en nada es debido á los esfuerzos humanos.

Mientras por una parte se ve esa pronunciada tendencia hácia el Catolicismo, se nota de otro lado la extrema disolucion de las sectas disidentes; de manera que en varias no va quedando mas que un puro deísmo. A esto se añade que no dejan de circular por allí las nuevas doctrinas socialistas, empeñadas en crear un orden de cosas enteramente distinto á todo cuanto se ha visto hasta aquí. Y es lo peor, que empiezan ya á fundar algun establecimiento de educacion; de suerte que así como hasta ahora esas teorías han sido únicamente el patrimonio de las cabezas ardientes, ahora podrian llegar á ser el primer alimento de la infancia. A este propósito recordaré que tuve la ocasion de visitar un establecimiento de esta clase, que se ha fundado á pocas millas de Londres, donde vi con mis ojos lo que de otra manera me hubiera sido difícil creer con respecto á la direccion estravagante que se da al espíritu de las pobres criaturas que allí se educan. Quizás otro dia haré una ligera reseña de las prácticas de ese establecimiento, como y tambien de las doctrinas en que éstas se fundan; cosa que puedo hacer tanto mejor, cuanto tuve la ocasion de asegurarme por mí mismo de todos los pormenores, y ademas, los directores del establecimiento me proporcionaron los diferentes cuadernos en que se espone su método y sus principios. Hoy no me es posible hacerlo, porque sería estenderme en demasia.

Uno de los embarazos que median para un mayor desarrollo del Catolicismo en Inglaterra, es el poderío material de la Iglesia anglicana, la que poseyendo inmensas propiedades, es regular que resista á todo lo que pueda traer eventualidades que se las podrian quitar. Está ligada, ademas, con la aristocracia inglesa, que en-

cuenta en ella un instrumento dócil y un apoyo para continuar el sistema en que tan bien se encuentra por espacio de dos siglos. Menester es confesar que si este orden de cosas hubiese de desaparecer en Inglaterra, solo á fuerza de espíritu democrático, solo á impulsos de ideas de igualdad, no fuera tan fácil la obra ni tan hacedera como en otros países; pues que allí la diferencia de clases está tan profundamente arraigada, que no es solo la alta aristocracia quien la sostiene, sino tambien el mismo pueblo. Para nosotros que estamos acostumbrados á no distinguir entre el noble y el plebeyo, y que vemos confundidas las varias clases de la sociedad sin otras pretensiones que el vivir con mas ó menos comodidad quien tenga para ello mayores medios, apenas es concebible la organizacion social de un país, que sin embargo nos le han presentado algunos como un modelo de libertad é igualdad. Si tenéis dinero, si habeis podido alcanzar una gran fortuna, se os admitirá en las clases mas elevadas; tendreis entrada en el seno mismo de la aristocracia, aunque vuestro origen sea plebeyo; se os expedirá un título que hará olvidar la humildad de vuestra cuna. Pero desde entonces estais obligado á manteneros separado de los que no han podido alzarse tan alto: guardaos del roce con las clases inferiores á la vuestra, pues que empañarian el lustre de vuestra posicion, y os veriais privado de alternar con la alta sociedad que os ha adoptado. Y aquí hay que notar un secreto de la política de la aristocracia inglesa, que consiste en hacer siempre nuevas adquisiciones de hombres ó familias de otras clases, sin perder el espíritu esclusivo que la anima con respecto á la generalidad del pueblo. En otros países, la nobleza se ha acercado al pueblo, bajando de su puesto, y así ha venido á confundirse con él: en Inglaterra la nobleza no se ha acercado al pueblo, y cuando ha necesitado robustecerse con nuevos refuerzos, ha tomado los individuos del pueblo que mas le han convenido, y sin abajarse ella, los ha levantado hasta su nivel propio. Así ha conseguido perpetuar el espíritu de clase, presentar la suya como un premio de grandes servicios, como un término á la carrera de los hombres mas distinguidos, quitándola de esta suerte una parte de la odiosidad que naturalmente la acompaña. Esto ha contribuido tambien á comunicar á las clases inferiores un espíritu semejante, y de esta suerte se ha formado una série de aristocracias que empieza en las gradas del trono y acaba en el último mendigo. Pensarán algunos que la buena organizacion de gobierno impedirá que esta separacion de las clases no produzca males de consideracion, y que la buena administracion de justicia no permitirá la opresion de los inferiores por los superiores; pero esto es un error, porque es tan excesivo el coste de la justicia civil, que lo desme-

dido de los gastos necesarios para obtenerla, equivale á una denegacion.

Esta combinacion de circunstancias forma, en verdad, un estado de cosas, del que pareceria difícil salir, si no se hubiese presentado en la arena donde luchan los intereses contrarios, un agente el mas poderoso é irresistible, *el hambre*. El mal ha llegado á su extremo: todos los paliativos son inútiles; y lo peor está en que el mal no es hijo de causas pasajeras, sino de la misma naturaleza de las cosas; y por tanto, mientras ellas subsistan, es irremediable. Dos son las causas principales de tan horrible miseria; la produccion excesiva y la escandalosa acumulacion de la riqueza en pocas manos: ambas causas están íntimamente trabadas con la organizacion actual de la Inglaterra en lo social y en lo político. Júzguese, pues, si hay probabilidades de que no acabe este siglo sin que haya sufrido cambios muy radicales. Ahora la aristocracia inglesa no está encarada solamente con la Irlanda, lo está con la misma Inglaterra: su habilidad es mucha, su prevision grande, sus recursos inmensos; pero hay cierta fuerza en los hechos, contra la que nada pueden ni la habilidad, ni la prevision, ni los recursos. Un sistema de colonizacion organizado en una vasta escala, parece á primera vista un medio á propósito para salir del apuro; pero es menester advertir que la emigracion, si bien no regularizada bajo un sistema, ha sido grande hasta aquí en Inglaterra, y que no es fácil calcular si esta misma emigracion fomentada y dirigida por la administracion pública seria tanta como fuera menester, ni si produciria los resultados que serian de desear. En semejantes materias el interés individual y la fuerza de la necesidad son de suyo muy poderosos para mover, y previsores para dirigir; y así es, que cuando obra en ellas la accion del gobierno, no siempre se obtienen en la realidad las ventajas que habia prometido el proyecto.

La actitud que van tomando en Inglaterra las clases trabajadoras, es cada dia mas alarmante: ya no son simples reuniones con algunos discursos y peroratas; ya no son exposiciones con millares de firmas; son verdaderos motines lo que allí se presencia: se apela repetidamente á vias de hecho; y este es un camino resbaladizo, cuya pendiente es muy rápida, cuyo fondo es un abismo. Como quiera, si la aristocracia inglesa se ha de encontrar en graves peligros: por cierto que no abandonará el campo sin desplegar los inmensos recursos de que dispone. Una revolucion en Inglaterra tendria por necesidad dimensiones colosales. La aristocracia inglesa es un gigante, que al sentirse herido de muerte, tendria tales convulsiones, que haria estremecer el mundo.

Todos los hombres amantes de la humanidad deben desear que

la cuestion se resuelva por vias pacificas, y que los fastos de Europa no se manchen con otra página, que segun todas las probabilidades, seria sangrienta y terrible. El pueblo bajo de las grandes poblaciones de Inglaterra, seria formidable si llegase á desencadenarse. Todavía no se han olvidado en Europa las horrorosas escenas del siglo XVII, y por cierto que no fueran éstas imposibles en el pueblo del siglo XIX. El espíritu de alejamiento y desconfianza seguido por el gobierno inglés con respecto á la Irlanda, ha sido no solo injusto, sino impolítico, pues que de esta suerte ha conseguido que se propague mas y mas el movimiento que allí ha provocado. Sin duda el pueblo inglés no suportaria por tanto tiempo la miseria como el pueblo de Irlanda; y esto podria ser una leccion para apreciar debidamente el carácter pacifico y manso de una religion que tan gratuitamente han calumniado los aristócratas ingleses. ¡Cosa admirable! cabalmente despues de tanta ceguera en ciertos hombres que por su ilustracion y demas circunstancias debieran haberse mostrado mas imparciales y mas templados, el Catolicismo ha obtenido justicia de parte del genio mas tempestuoso que haya producido la Inglaterra, lord Byron. Sus palabras tienen demasada importancia para que pueda menos de recordarlás despues que tanto me he estendido sobre la situacion religiosa de Inglaterra. Dignas son de ser recomendadas á los hombres pensadores de todas las opiniones y de todos los paises. Helas aquí: "No soy yo enemigo de la religion; al contrario, y es de esto buena prueba el que "hago educar mi hija natural en un *Catolicismo estricto*, en un "convento de la Romaña. Mi opinion es, que cuando se tiene "religion, jamas se tiene la bastante: cada dia me inclino mas á las "doctrinas católicas." (Memorias de lord Byron, tomo 5. página 172.)

Testimonio imponente, que viene á ponerse al lado de tantos otros como han tributado á la verdad los mas grandes hombres que ha tenido el mundo por espacio de largos siglos. ¿Qué dirán en vista de estas palabras de Byron, esos hombres pequeños que piensan que el Catolicismo es solo el patrimonio de los fanáticos é ignorantes? Estos homenagos tributados á la religion verdadera por los hombres de quienes menos debia esperarse, alientan al corazon y reaniman la confianza en los sucesos del porvenir. Dios, que ha comenzado la obra, la conducirá á su término por caminos que nosotros no podemos atinar.

Paris, 10 de Agosto de 1842.

MARIANA.

En Mariana todos conocen al historiador, muchos no conocen al hombre: el autor de la *Historia de España*, es célebre entre nacionales y extranjeros; pero muchos de éstos y no pocos de aquellos, están lejos de pensar que el jesuita de Toledo haya sido uno de los hombres mas extraordinarios de su tiempo. Y no es porque no se halle escrita su vida, ni porque sus obras yazgan en la oscuridad; al contrario, se ha tenido el cuidado de escribir la vida de este hombre ilustre con mucha diligencia y notable esmero; y en cuanto á sus obras, forman todavía nuestra lectura cotidiana. ¿Qué falta, pues, para conocerle debidamente? Falta, en nuestro entender, la causal apreciacion del conjunto de sus cualidades, de su talento, de su carácter, de su espíritu de altanera independencia; calidades que le crearon una posicion particular, y le mantuvieron en ella durante su dilatada carrera. No nos proponemos hacer esta apreciacion, cosa que esigiria mas tiempo, y que no podria concerrarse en los límites de un artículo; sin embargo, como dicho escritor es una de las figuras mas interesantes de nuestra historia literaria, vamos á trazar algunos de sus rasgos, siquiera para comunicar á los demas las impresiones que hemos sentido al pararnos, no pocas veces, á contemplarla. Además, que Mariana es una de nuestras glorias, y el recordar su nombre, es recordar uno de los mas bellos títulos de nuestra pasada grandeza. ¡La España ha caido en tanto abatimien-